

Los esenciales: LA DE LOS TRISTES DESTINOS

La décima entrega de la serie cuarta de los Episodios Nacionales, dedicada a la era isabelina, fue escrita en Madrid entre enero y marzo de 1907, cuarenta años después de los hechos que novela: el final del reinado de Isabel II con el triunfo de “La Gloriosa” o “Septembrina”, en septiembre de 1868.

El título, polisémico, hace referencia, en primer lugar, a Isabel II, a quien el diputado Aparici y Guijarro aludió, en un memorable discurso pronunciado en el Congreso el 4 de julio de 1865, con unas palabras tomadas del *Ricardo III* de Shakespeare, que resultaron proféticas: “Adiós, mujer de York, la reina de los tristes destinos...”. En la novela de Galdós, es el lúcido Pepe Fajardo, marqués de Beramendi, quien retoma estas palabras cuando, comprendiendo que todo está perdido para la reina, se despide mentalmente de ella. Pero don Benito va más allá y recurre a la sinécdoque para aplicar también a España, “la triste España”, la expresión que definía a su reina, pues el destino del país aparece estrechamente vinculado al de la monarquía hasta el momento de la Revolución, con la que España rectifica su destino, en opinión de Beramendi:

“No volverás, pobre Isabel. [...] Con tu ciego andar a tropezones por los espacios de tu Reino has torcido tu Destino, y España ha rectificado el suyo, arrojando de sí lo que más amó...”.

La acción de la novela abarca desde el verano de 1866 hasta los primeros días de octubre de 1868. Comienza una mañana de julio con una dramática escena callejera de la que el autor fue testigo en su juventud: el pueblo madrileño se agolpa ante el cuartel de Ingenieros para presenciar la salida, para su ejecución, de la primera tanda de los sargentos de San Gil sentenciados a

muerte por haberse sublevado el 22 de junio, en un primer intento de derrocar a Isabel II. Mientras la “camarilla” prepara con gran secretismo la caída de O’Donnell, el joven Santiago Ibero, detenido por apoyar la sublevación y liberado gracias a la intervención de Manolo Tarfe, logra escapar a Francia con el apoyo de los empleados del Ferrocarril del Norte. En el viaje se reencontra con Teresa Villaescusa que, enamorada de él y decidida a cambiar de vida, le expone su intención de abandonar a su último amante, un decrepito marqués, y reunirse con Santiago en Bayona. La pareja lleva una vida sencilla en el sur de Francia, y, entretanto, en Madrid, Beramendi, convencido ya de la imposibilidad de salvar a Isabel II, va perdiendo también las esperanzas puestas en el infante Alfonso a medida que conoce las carencias de la educación del joven príncipe, limitada casi exclusivamente a la formación religiosa y al manejo de las armas. El contacto con los “emigrados” españoles, los exiliados, le permite a Ibero conocer cómo se va gestando la revolución y regresar a España para participar en una nueva intentona fallida, la de Linás de Marcuello, en la provincia de Huesca. A su vuelta, la pareja se traslada a París, huyendo de la policía, y de allí el joven marcha a Londres, para evitar encontrarse con su padre, quien va en su busca con intención de apartarlo de Teresa. En Londres conocerá los últimos escollos que deben sortear los revolucionarios tras la decisiva incorporación de los unionistas al pacto entre progresistas y demócratas. Regresa a España en el mismo buque que trae a Prim y en Cádiz será testigo del pronunciamiento, al que se suman la Marina y los generales unionistas desterrados en Canarias. Después de tomar parte en la batalla de Alcolea marcha a la capital en compañía de Tarfe, quien durante el viaje se hace eco del rumor de que Teresa ha vuelto a su vida de cortesana. Decepcionado con Tarfe y con la Revolución, en Madrid formará parte del grupo que protege del pillaje el palacio real, donde en vano busca a Teresa. Esta es testigo en San Sebastián de la salida de España de Isabel II, antes de reunirse de nuevo con Santiago y emprender viaje a París con intención de no regresar nunca.

La de los tristes destinos (T.D.) es un magnífico ejemplo de lo que Vargas Llosa ha denominado “novela histórica moderna”, subgénero al que pertenecen todas las incluidas en los Episodios, donde la historia real y la ficticia completan un relato que se aproxima a “una visión intrahistórica y sociológica de la historia” (Fanconi). Pero en *T. D.* Galdós recurre también al mo-

delo de la novela “bizantina” (Estébanez Calderón), pues además de recrear la forja de la Revolución, esta ficción es un relato de viajes, aventuras y pruebas diversas –incluida la anagnórisis o reconocimiento entre Santiago y el capitán Lagier– protagonizado por dos enamorados, Santiago Ibero y Teresa Villaescusa, una pareja cargada de simbolismo nacional, empezando por sus nombres, como reconoce la propia reina al hablar de Santiago con Tarfe: el nombre y apellido “juntos, resultan lo más español del mundo...”.

Galdós recurre a un narrador en tercera persona que, pese a su aparente distanciamiento, interpreta y comenta los acontecimientos. Este narrador cuenta como “auxiliar imprescindible” con la musa de la Historia “que escribe en la calle, sentada en un banco o donde se terció, apoyando sus tabletas en la rodilla...” y expresa la estrecha relación existente, en opinión del autor, entre novela e historia. La “Clío familiar” que narra principalmente incidentes cotidianos de los personajes de ficción (el banquete de Lucila y Halconero, la carta de Teresa a Santiago...) se transforma en Clío trágica cuando el narrador reflexiona sobre la sangre derramada desde la noche de San Daniel y anticipa que “aún faltaban algunas venas por abrir. Clío, trágica, no había soltado de su mano la terrible lanceta”.

El autor ha creado una estructura narrativa perfectamente trabada, en la que lo sucedido en los primeros capítulos de la obra se relaciona con el final de la misma mediante el paralelismo o el contraste. La trágica escena inicial tiene su correlato en la que narra la salida de España de Isabel II, que constituye también una especie de ajusticiamiento y el cumplimiento de la advertencia o amenaza formulada en aquella ocasión por Rafaela la Zorrera, pareja de uno de los fusilados: “Isabel, ponte en guardia, que si tus *amenes* llegan al Cielo, los míos también...”. Los miembros de la media compañía de Ingenieros que escoltan a la reina hasta la frontera y que “habían llevado al duelo la tradicional cortesía del Ejército español” pertenecían –ironías del destino– al cuerpo en cuyo cuartel se había celebrado el consejo de guerra contra los sargentos de San Gil, y al cuerpo que dirigía Prim, artífice de la revolución y encarnación de sus ideales.

Un claro contraste se establece entre la primera aparición del unionista Tarfe, intercediendo ante la soberana en favor de Ibero y Ansúrez, y su comportamiento final, que provoca el desprecio de Santiago y su ruptura con él.

Dos de los personajes populares que presencian la salida de los sargentos reaparecen tras el triunfo de la Revolución. Se trata de la Zorrera joven, ofreciéndose gratis a todo el que quisiera para celebrar el triunfo de la Libertad, y del policía corrupto Malrecado, participando en una manifestación popular. El pueblo madrileño, que se echó a la calle para expresar su compasión hacia los sargentos condenados, lo hace ahora para mostrar su entusiasmo por el triunfo de los revolucionarios. La alegría en las calles de la capital contrasta con la tristeza de la salida de Isabel hacia el exilio, siguiendo el mismo camino que habían tomado antes muchos españoles perseguidos por sus gobiernos, el mismo camino que seguirán también Santiago y Teresa.

A pesar de sus escasas apariciones, la crítica coincide en que Isabel II es el personaje femenino fundamental y el eje sobre el que gira toda la trama de la novela. Cuando Galdós escribe *La de los tristes destinos* está relativamente reciente la muerte de la reina, a quien el escritor había tenido ocasión de entrevistar en 1902 y a quien había dedicado un extenso artículo en 1904, con ocasión de su fallecimiento. Dicho artículo -cuyo contenido es recogido en la novela mediante los soliloquios de Beramendi, *alter ego* del autor—supone un intento de aproximación imparcial a la figura histórica. Ese afán de imparcialidad lleva al autor, como ha estudiado Estébanez Calderón, a utilizar la técnica del perspectivismo en la construcción del personaje, dibujando así un personaje poliédrico que unos consideran culpable sin paliativos —la frase “Esa señora es imposible”, convertida en *leitmotiv* de la novela, resume esa visión y justifica la Revolución—, frente a otros que atribuyen sus errores a su vida personal (un matrimonio no deseado) y a sus malos consejeros, y un tercer grupo, en el que se incluye Beramendi, que la disculpa como mujer, pero critica implacablemente sus errores políticos y su defectos morales. Resume así Galdós las visiones que en la prensa del 68 y de 1904 se dieron sobre su reinado y su personalidad.

Pero entre los personajes femeninos, la gran creación de Galdós es, sin duda, Teresa Villaescusa, que ya había aparecido en dos episodios anteriores (*O'Donnell* y *Prim*) y con la que el autor aborda la problemática del estado cívico y social de la mujer en España, así como de la moralidad de la sexualidad femenina (*Ribbans*). Ya al inicio de la obra la referencia de la Jumos a “la Villaescusa” y a Leal, uno de sus últimos amantes, enlaza con lo sucedido en el episodio anterior y demuestra que su vida privada era de dominio pú-

blico. Sin embargo, no será hasta el capítulo siete cuando Teresa haga su espectacular aparición, en el andén de la estación, cuando el tren en que huye Ibero está a punto de partir. El narrador la presenta como “una dama, una mujer elegante” para, a continuación, ponernos al día de su vida:

“Ibero no sabía que la *sutil tramposa* doña Manuela Pez, agobiada de privaciones deprimentes, había vendido los aún cotizables pedazos de su hija al marqués de la Sagra, aristócrata veterano de innumerables guerras amorosas y tan caduco ya, que alguien le llamó cadáver galvanizado por el vicio”.

Teresa permanece indiferente al escándalo que su llegada en compañía del marqués provoca entre los aristócratas viajeros pues lo que ella, plenamente consciente de sus actos, teme, sobre todo, es “su propio desprecio por prestarse a una farsa de amor con semejante estafermo”. La presencia de Ibero en el tren –coincidencia que Teresa atribuye al Destino, a la Providencia o a los espíritus de los que Ibero le había hablado en el episodio anterior– y su amor hacia él serán los estímulos que Teresa necesita para abandonar esa vida que desprecia. El amor hace de ella una persona sagaz y resuelta, capaz de burlar la vigilancia del marqués para encontrarse con Ibero, declararle su amor y exponerle sus planes de iniciar una vida en común en Francia. Decidida a hacer lo que manda el corazón, ha resuelto abandonar al marqués, recobrando así la dignidad perdida:

“Más te digo: me iré orgullosa y sintiendo en mí la dignidad que ahora no tengo, porque es digno, Santiago, es honroso para una mujer pasar de cosa vendible a persona que no se vende, se da...”.

Por amor abandonará una vida de lujo para vivir, en unión libre, con un hombre sin recursos, bastante más joven que ella (Santiago no llega a veinticinco y ella pasa de los treinta), y llevar una existencia sencilla, que costeará con sus propios ahorros y sus joyas, hasta que ambos encuentren trabajo. Pese al escepticismo de Ibero, convencido de que su convivencia será breve porque las mujeres “tan corridas” como Teresa son volubles y no pueden vivir sin lujos, Teresa demostrará la firmeza de sus convicciones y la fuerza de su amor, lo que provoca la admiración del narrador:

“Extraña cosa era que una mujer tan corrida y aventada como Teresa hubiera llegado a la condensación de sus afectos y a consagrar

toda su alma a un solo hombre, sin pensar en nuevos cambios, estimando aquel amor y aquel vivir como reposo definitivo de la movilidad de la juventud. No era la juiciosa que se equivoca, sino la equivocada que rectifica, la fatigada que se sienta y se adormece en la tardía enmienda de sus errores”.

Sin embargo, su amor deberá superar otras pruebas que Teresa afronta con inteligencia y buen juicio, pues no parece sino que el amor la haya hecho más sabia y más sensata. Da libertad a Santiago para que persiga sus ideales; lucha contra el fantasma de Salomita, la novia de Santiago; aconseja al joven que no se enfrente a su padre, pero deja claro que no está dispuesta a renunciar a él, a ser una nueva *Dama de las Camelias*. Con todo, el obstáculo mayor al que debe hacer frente es su propio pasado, que expone con crudeza a Ibero (“yo he sido una mujer mala..., una mujer perdida...”), lo que hace imposible su vuelta a Madrid, donde ambos serían rechazados:



Isabel II

“El cuento es que con mi pasado deshonoroso no puedo echar sobre ti más que una sombra muy negra y muy mala. ¿Qué posición puedes tú alcanzar ni qué honra ni qué provechos al lado de Teresa Villaesca? Si de este rincón saliéramos para volver a Madrid, serías conmigo un hombre mal mirado de todo el mundo. Y de tus padres, ¿qué diré yo? Sin duda se avergonzarían de llamarte hijo”.

Por eso será en París donde esta mujer rebelde, libre, generosa y sincera pueda vivir la “mitad buena” de su vida con el hombre al que se ha unido por amor, en una relación sin papeles, basada en la libertad y la igualdad entre los sexos. Adelantada a su tiempo, en la tolerante Francia encontrará la comprensión y el apoyo de otra mujer (también con pasado). Esta le proporcionará un medio de vida que, frente a lo que ocurre en España, le permitirá vivir honradamente sin depender de ningún hombre, convirtiéndose así en una mujer libre y emancipada.

Teresa, como Isabel II, no tiene cabida en la España revolucionaria. Ambas han cometido errores, pero solo Teresa posee la capacidad de reconocerlos, por eso se aleja para siempre del país, mientras Isabel confía en volver. En el paralelismo que el novelista establece con la reina –por su atracción por lo popular, su generosidad y su libertad sexual–, Teresa sale triunfante cuando se redime por amor e inicia en el tren su personal “camino de perfección”.

En 1884 Galdós había publicado ya otra novela ambientada también en el último periodo del reinado de Isabel II, que acaba igualmente con su derrocamiento. Se trata de *La de Bringas*, perteneciente al grupo de novelas españolas contemporáneas. El tratamiento de la historia difiere notablemente en ambas. En primer lugar, el matrimonio Bringas pertenece a la pequeña burguesía y habita en el segundo piso del palacio real, un mundo cerrado al que apenas llegan los ecos de la Revolución. Rosalía, ciega y sorda a todo lo que no sean sus problemas personales y sus ansias de aparentar, vive ajena a los asuntos del país. Mientras que la información recibida por su marido, a través de Pez o de sus compañeros de oficina, es escasa y desfasada, pues como señala Geoffrey Ribbans, en las novelas contemporáneas los acontecimientos históricos externos tienen poca importancia en relación con los acontecimientos de la vida cotidiana. Por otra parte, tanto los Bringas como los personajes con que se relacionan son los beneficiarios de los favores de la soberana y, en consecuencia, partidarios de la misma, a excepción de su hijo Paquito, influido por el krausismo, y de Refugio Sánchez Emperador, representante del pueblo que critica la prodigalidad de la reina gastando el dinero de la Nación y que, atenta a la historia con mayúsculas, asegura a Rosalía “ahora sí que se arma de veras”. En *T.D.*, por el contrario, la reconstrucción de los hechos históricos se desarrolla ante nuestros ojos y la historia chica se

entrelaza con la historia grande pues Santiago, el personaje que sirve de hilo conductor, pertenece al grupo de los conspiradores que luchan por traer la libertad a España.

Si *La de Bringas* es una acerada crítica al afán de aparentar de la burguesía de la época y a la Unión Liberal –que, como Rosalía, se prostituye apoyando la Revolución a cambio de algunos cargos–, *La de los tristes destinos* muestra la decepción de Galdós con la Gloriosa, por haber traicionado las esperanzas puestas en ella y haberse olvidado del pueblo. Santiago Ibero, el joven idealista y aventurero, ferviente admirador de Prim y defensor de las libertades que traerá consigo la Revolución, encarna mejor que nadie ese sentimiento de desengaño, que se manifiesta en él al presenciar el brutal enfrentamiento entre soldados que visten el mismo uniforme, durante la batalla de Alcolea, tras la que confiesa a Tarfe: “Crea usted que esta guerra civil me ha descorazonado totalmente”. Pero será la actitud de Tarfe con respecto a Teresa, haciéndose eco de habladurías y chismes, lo que le haga exclamar indignado:

“Ahora veo todo lo vulgar, todo lo indecente y chabacano de esta revolución que ustedes han hecho [...]. ¡Inmensa y ruidosa mentira! La misma *Gaceta* con emblemas distintos”.

Porque, como había argumentado al capitán Lagier, su mentor, “no podemos ser revolucionarios en lo público y atrasados o ñoños en lo privado”.

La diferencia entre ellos se agranda cuando Tarfe le ofrece una plaza de 16 000 reales para que pueda volver a la sociedad a la que pertenece, oferta que Santiago rechaza, agradeciendo con amargura “la generosidad del caballero, que a todos los buenos españoles quería dar abrigo y pienso en los pesbres burocráticos”. Y desde aquel momento, Ibero “miró desde la altura de su independencia espiritual la pequeñez enana del prócer, hacendado y unionista...”. Más tarde será *Confusio*, el historiador loco que escribe la historia no como es sino como debería ser, quien complete la visión crítica de la revolución describiéndola como “un lindo andamiaje para revocar el edificio y darle una mano de pintura exterior”. Sin embargo, en la novela no se critica a los artífices de la revolución, sino a aquellos que, como Tarfe, han traicionado sus ideales.

Perdida la fe en la Gloriosa, Santiago decide consagrarse a su revolución personal, quizá la única en la que el viejo Galdós, decepcionado con la historia de España, cree en esa etapa de su vida. Y tras rechazar los cien duros que le ofrece Tarfe, el “caballere de la Unión Liberal”, Ibero, “aventurero desengañado de las grandezas”, parte en busca de una nueva aventura, a la que quiere ir “pobre y desnudo”. Esa aventura no es otra que su “doméstica revolución”, una vida digna al lado de Teresa –la mujer que se le ha metido en el alma–, “sin reparo ninguno de los antecedentes de ella y de sus pasados extravíos”, en un país extranjero –como le ha aconsejado Lagier–, ya que allí quedaría “amparada de la tolerancia y defendida del fanatismo español por los providenciales Pirineos...”.

En el diálogoseudodramático de la escena final surge la inevitable comparación de los enamorados con la reina:

“IBERO. Doña Isabel no volverá, ni nosotros tampoco... Ella, destronada, sale huyendo de la Libertad, y hacia la Libertad corremos nosotros. A ella la despiden con lástima; a nosotros nadie nos despide; nos despedimos nosotros mismos diciéndonos: corred, jóvenes, en persecución de vuestros alegres destinos”.

Sin embargo, frente a lo que ellos creen, el tren que los lleva hacia Francia representa la libertad, no solo para Santiago y Teresa sino también para Isabel II, que por primera vez se siente libre, pues finalmente ha podido escapar a su triste destino, que no es otro, para Galdós, que el de haber nacido reina.

Huyendo del pasado, los enamorados, que invirtiendo el lema de la Gloriosa se declaran “España sin honra”, corren hacia París, el paraíso donde comerán la fruta no prohibida de la ciencia y de las artes, donde desaparecerán, “pobres gotas perdidas en el torrente europeo”. El tren que los aleja de España es el camino hacia la salvación personal de Santiago y Teresa, la pareja espiritualista de la novela que expresa el pensamiento de Galdós y representa el triunfo de los ideales frente a la ambición, del amor frente a los prejuicios sociales y de la relación en pie de igualdad entre los sexos, frente a la subordinación de la mujer al hombre.